

TIBERIO, EL MIRADOR Y LA ISLA DE LAS CABRAS. REFLEXIONES SOBRE UN TÓPOS DE LA ANTIGÜEDAD.

Manuel J. Parodi Álvarez
Universidad de Sevilla.

El *tópos* historiográfico y literario tradicional quiere que Tiberio, segundo de su Dinastía, personaje deliberadamente ambiguo y torturado¹ -figura literaria, insistimos- capaz de hacer encendidas (y sólo formales) protestas de republicanismo mientras desde la cúspide del poder gobernaba con mano de hierro, clareando incluso las filas y rangos de su propia Casa (y el ejemplo del fin de Germánico II, su sobrino, debería ser suficientemente ilustrativo a este respecto)², en un momento determinado de su longeva existencia (falleció -y por causas quizá inducidas, según, de nuevo, el tópico historiográfico y la tradición- superados de largo los 75 años³), y en pleno ejercicio de su poder, decidió retirarse (físicamente, presencialmente) de la ciudad de Roma, sin por ello renunciar a un poder que continuó controlando por personas interpuestas, caso de Elio Sejano o, posteriormente, Macrón, estableciéndose en la isla de Capri, poco más que un farallón frente a la Bahía de Nápoles, mientras en la capital del Estado su presencia era requerida -de manera casi ritual por lo formal- por los miembros de una oligarquía fiel a la manera de los animales amaestrados.

No entraremos en estos párrafos a contemplar las múltiples y a veces dispares interpretaciones que, *a posteriori*, se han ido conformando acerca de este *motus* antiguo en concreto, y que enlaza con la imagen no menos tópica de un Tiberio mal dispuesto hacia la asunción del poder desde los mismísimos primeros momentos de su propio reinado⁴, un argumento tan inmerso en el tópico (en el *tópos*) como el de las lágrimas o la clemencia de César, la locura de Calígula o la piedad de Antonino, *e.g.*, por no hablar de la proverbial tacañería (que habría rebasado los límites de la avaricia y la mezquindad para entrar de lleno en lo miserable) del mismo Tiberio. Pretendemos en este texto abordar el siempre

¹ Vid. el clásico texto de G. Marañón, *Tiberio, historia de un resentimiento*, Madrid 1991.

² A este respecto, cfr. A. Caballos, W. Eck y F. Fernández, *El Senadoconsulto de Gneo Pisón padre*. Sevilla 1996.

³ La muerte de Tiberio (a los setenta y ocho años) como fruto de un asesinato ordenado (sumariamente y en circunstancias dramáticas) por Macrón en presencia de Calígula (ante la recuperación del anciano Tiberio y su exigencia de recuperar su anillo, metáfora y símbolo del poder y la majestad), en Tácito, *Ann.* VI; Suetonio (aparentemente menos dado a la truculencia en esta ocasión que en otras) aboga por la muerte causada por enfermedad y vejez (*Tib.* LXXIII).

⁴ Como señala Tácito en el libro primero de sus *Annales*.

espinado asunto de la construcción de *imagines* del poder en el ámbito concreto de la Historia del Imperio Romano, pero aportando a este árbol de conocimiento la perspectiva de la Economía de Prestigio.

Si la construcción de los modelos imperiales en Roma estuvo sujeta a la presión y los intereses de las elites, protagonistas elementales del complejo fenómeno de redacción de la Historia (por su control de la elaboración de los textos históricos tanto como por su protagonismo económico, político, social, ideológico y cultural en el ritmo del devenir de los acontecimientos: quien controla los estómagos y las mentes, definitivamente tiene el poder en sus manos) en el contexto romano, la representación (y la propia construcción) de las imágenes imperiales estuvo sujeta a los mismos parámetros de control, definidores de los efectos conseguidos según la conveniencia de cada momento.

Frente a la tónica (por clásica) articulación “estandarizada” de los emperadores en “*boni malique*”, queremos acercarnos, a través de la figura de Tiberio César y el *tópos* de la interpretación de su marcha a Capri, a esta construcción de modelos desde la perspectiva no de los intereses de una clase o grupo específico, sino de las motivaciones -en buena medida insertas en el campo de la Economía de Prestigio- de (y para) la actuación de los modelos sujetos de estudio y objetos de la construcción de sus *imagines* desde la Antigüedad.

Consideramos que J. André y A. Hus aciertan cuando de manera harto coherente apuntan que “la época julio-claudia señala una neta regresión de la gran historiografía, a la que suplantán el testimonio cortesano y la crónica de oposición”⁵; en un ambiente en el que el control de las voluntades y, fundamental y finalmente, de la propaganda, habría entrado en una dinámica de reducción del ámbito de control, esto es, en un sistema monárquico [imperial] en el que se habría podido reducir el número de elementos con acceso y capacidad de decisión respecto al control de un elemento de tanto relieve (de cara a la preservación del poder mismo) como la propia propaganda, y ello frente al más disgregado universo político oligárquico (por su propia naturaleza más complejo y difuminado) de la plena y, sobre todo, de la baja República de Roma⁶, un “*cósmos*” de poder en el que los intereses -y, por ende, la manifestación externa de los mismos- habría debido contar con un marco y unos márgenes de maniobra más amplios (por cuanto el poder no se encontraba concentrado en los resortes monárquicos sino precisamente en los oligárquicos republicanos, que configurarían a todas luces un espectro más

⁵ J.M. André y A. Hus, *La Historia en Roma*, Madrid 1983, p. 119.

⁶ Cfr. H.H. Scullard, *From the Gracchi to Nero. A History of Rome 133 BC to AD 68*, Londres-N. York 1992; igualmente, R. Syme, *La Revolución romana*, Madrid 1989.

amplio de intereses contrapuestos que bajo la púrpura imperial): así, la construcción de modelos ideales del pasado republicano (los héroes de Roma, como Torcuato, Coriolano, los *Horatii*...) podría haber continuado brindando un marco vacío (dorado y respetable como tal marco, pero vacío) y más sujeto al control de los emisores (y controladores) de la propaganda, reducidos en su número pero con unos efectos de presión y control multiplicados al estar “ordenados” bajo la batuta de los grandes “cantores” del poder ya unificado.

De este modo, la construcción de *exempla*, de modelos y referentes que pudieran ser considerados (y así expuestos y señalados al público-pueblo) como ejemplos válidos de cara a su consideración y su empleo (como estructuras ideológicas dignas de ser enfocadas e iluminadas) desde un punto de vista y un modo político a la par que -como ya hemos señalado- ideológico y (lo que no es menos importante) didáctico, en positivo tanto como (si falta hiciera) en negativo, habría continuado en vigor como mecanismo de defensa y de perpetuación de sí mismo en las manos del Poder. Encontraremos, de este modo, un elenco de *boni* y *mali* (elenco construido no de una vez, pero sí consecuentemente con una idea rectora: la de su propia construcción a lo largo del tiempo -y de los historiadores encargados de ir construyendo dicha estructura de *boni mali*) al contemplar los muy diversos perfiles imperiales tanto en diacronía como en sincronía.

Ensalzar la figura del “primer” emperador, Augusto, elogiando sus actitudes durante los primeros momentos del Imperio, resulta ser, entre otras cosas, una manera de “modelar” el personaje, el “*exemplum*” que se está construyendo *ad astra*, haciendo más grave el hiato, por contraste, entre estos años iniciales del gobierno imperial -que, no se olvide, habrían contemplado la dicha de ser inspirados a la par que presididos por las actitudes y actuaciones positivas de Augusto- y la presunta “degeneración” posterior del régimen de la mano de un Tiberio que ni es, ni puede ser, su divino padre [legalmente al menos], el modelo de príncipes (incluso en su nombre oficial de estado, concedido por la oligarquía con él vencedora de las guerras civiles, a él subordinada y de él, a la vez, sustentadora), Augusto⁷.

La sujeción y subordinación al poder establecido parecen contarse entre los argumentos principales esbozados por André y Hus en su estudio de la hipotética decadencia de la historiografía romana en los primeros momentos del

⁷ Un Augusto que, en cualquier caso, cuenta a su vez (y como es sabido) con notorios “claroscuros”, de los que no nos resistimos a traer a colación uno tan escabroso como el truculento episodio retratado por Suetonio (*Aug. XXVII*): el mismo Octavio habría arrancado con sus propias manos los ojos del pretor Q. Galio antes de hacerlo matar bajo sospecha de intento de asesinato: ¿fabulación del autor o reflejo de una actitud extremadamente violenta provocada al hijo del divino por la idea de su propio asesinato...?

establecimiento del régimen imperial⁸; el debate acerca de si la obra de Suetonio puede ser una suerte de contrapunto anecdótico del más grave y serio enfoque de los temas que encontramos en un historiador como Tácito⁹, o si el punto de vista del mismo Suetonio Tranquilo es o no es verdaderamente el del historiador, frente a su claro interés (las más de las ocasiones) por lo más claramente anecdótico¹⁰ no constituye tampoco el objeto principal de nuestro interés en estas líneas.

Sería objeto de otro estudio, mucho más denso y extenso que el presente, el abordar el porqué de la misma existencia de los “*mali*”, las razones de fondo (no las razones aparentes, externas, que son en muchos casos las que más atraen el interés de los retratos trazados por las fuentes antiguas) por las que determinados emperadores (tales como Calígula, Nerón, Domiciano, Cómodo, Caracalla o Heliogábalo, fundamental pero no solamente, como hemos ya tenido ocasión de señalar con mayor detenimiento en otro lugar¹¹) conforman el elenco de los que pueden ser considerados como los “malos soberanos” de Roma, qué les hace estar en ese mismo “bando”, formar un selecto “club” (*sic*) de malos *exempla*, válidos por contraste¹², qué llegan a tener en común que hace “malos” a los “malos”...¹³.

⁸ J.M. André y A. Hus, *op.cit.*, pp. 128-129.

⁹ Así en J.T. Shotwell, *Historia de la historia en el mundo antiguo*, México 1982, pp. 336 ss.

¹⁰ J.M. André y A. Hus, *op.cit.*, p. 179.

¹¹ Cfr. M.J. Parodi Álvarez, “La Razón de la Sinrazón. Cayo César, el obelisco y las lentejas”, en G. Chic García (Coord.), *Economía de prestigio versus Economía de mercado*, Sevilla 2006, pp. 89-101 (esp. 90-91 ss).

¹² Y qué elementos en común tienen dichos “malos”, o, dicho de otro modo, qué patrón común (si tal existe) les une, o qué circunstancias de sus actuaciones públicas (de gobierno) o privadas (personales) les pudieron enajenar las voluntades de sus contemporáneos y, más especialmente, de los responsables de escribir la historia de sus reinados; resulta ilustrativo, por ejemplo, cómo Casio Dion, a la hora de tratar sobre Nerón, sostiene que éste “perdió toda la vergüenza” al seguir la senda de Calígula (Dio. LXI.5.1): Cayo César es, así pues, un claro referente negativo: cuando Nerón comienza a convertirse en uno de los “*mali*” lo hace comportándose como lo había hecho ya Calígula antes de él (con lo cual contamos, hasta cierto punto y en cierto modo, con una referencia medianamente clara, con un -si se quiere- “patrón de mal comportamiento”, esto es, el conformado por las actitudes de Calígula; sólo apuntaremos que más que de características independientes y excepcionales, pudiera existir un patrón común entre estos personajes “defenestrados” (por así decirlo) por la historiografía romana: su tendencia al “orientalismo”, a gobernar como reyes orientales, o como en Roma concebían que debían gobernar los reyes orientales (especialmente los soberanos persas y partos): sin límites para su poder, manifestando a la par que su *maiestas* y su *potentia*, su *divinitas*, todo lo cual les situaba muy lejos y muy por encima del común de los mortales, tan lejos que esta “comunidad de los mortales”, por así decirlo, englobaba por igual -por lo que tocaba a estos señores omnímodos y divinos- a nobles, plebeyos, libertos, esclavos y cualquier categoría del orbe romano: ante los ojos de un dios, todos serían iguales, y quizá por eso Calígula suspiraba porque tuvieran “un solo cuello” (Dio. LIX.13.6), tal y como todos eran -o debían aparecer- iguales (ínfimos) para él. Y estos “modos orientales” de gobierno, desde la antigüedad que a los propios romanos resultaba “clásica”, desde los patrones de pensamiento emanados de las escuelas filosóficas atenienses casi medio milenio antes del reinado de un Tiberio (esas escuelas de pensamiento a las que el mismo hijo de Livia había estimado tanto en su juventud), contaban con una consideración claramente negativa. Para un mundo (el romano) que se consideraba (hasta cierto punto) heredero (culturalmente hablando) del griego, o que, al menos, hacía esfuerzos -desde la elite, bien es cierto- para ser aceptado como tal (y baste recordar a la par que los afanes filosóficos de un

Por lo que atañe directamente al motivo de la reflexión contenida en estos párrafos, sabemos que Tiberio, en un momento determinado de su reinado, se retira a la isla de Capri, en la cara sur de la Bahía de Nápoles; sabemos que en este retiro (físico como emocional), las fuentes clásicas emplazan algunas de las atrocidades (especial pero no únicamente de aquellas de oscura naturaleza lujuriosa) a las que el ya anciano emperador se habría entregado de forma habitual¹⁴; en este sentido (y por lo que toca a los tintes oscuros), la fuente no le ahorra al personaje ni el timbre de impío, uno quizá de los más denostados en la Antigüedad, cuando se detalla su indigno comportamiento con su madre, Livia, a la muerte de ésta, o cuando se narra su dureza de corazón para con los miembros menores de su propia familia, para sus propios descendientes, su hijo Druso o su hijo adoptivo (y sobrino), Germánico (y los hijos de éste, entre ellos el futuro emperador, Cayo César)¹⁵.

Que la causa del retiro de Tiberio a Capri pudiera encontrarse en su aversión por el género humano (en general) entra de lleno a formar parte del tópico del Tiberio misántropo, del personaje atormentado que las fuentes vinieron a retratar desde la Antigüedad¹⁶. Que el perfil de Tiberio, tal y como nos ha sido legado por los historiadores antiguos encaja con dicho ser misántropo y torturado, y que ello explicaría en buena medida (de seguirlo sustancialmente) las razones íntimas para tal retiro, no debe suscitar mayores dudas ni suponer problema alguno para su

Tiberio joven, las devociones personales que andando el tiempo Hadriano llevará hasta Roma bajo su reinado), los modos de gobierno “orientales”, como todo lo que “sonara” a persa, debía contar con una consideración manifiestamente negativa. Hemos ya apuntado en otro lugar cómo Roma no estaría preparada para aceptar un “señor y dios” hasta los finales del siglo III d.C.: será Diocleciano quien pueda finalmente aparecer como un soberano oriental (como un señor-dios), exigiendo a sus ya súbditos unos comportamientos y actitudes quizá no muy lejanos frente a su majestad de los mantenidos por los antiguos egipcios (o persas) ante la de su dios-rey.

¹³ A este respecto resulta ilustrativo el modo en que Elio Lampridio (uno de los autores de la *Historia Augusta*) abre y cierra su *Vida de Heliogábalo*, justificando con distintos recursos argumentales y literarios el haberse dedicado a biografiar al que puede ser considerado como uno de los “malos” emperadores, al tiempo que proporciona un pequeño elenco de los emperadores “boni” y “mali”, contándose el protagonista de sus párrafos, Heliogábalo, en el elenco de estos últimos, precisamente (*Historia Augusta*, Elio Lampridio, *Heliog.* 1 y 35); con toda certeza se trata de que el autor (Lampridio) siente la necesidad de explicarse, y con ello, además, de justificarse (pecando de ignorancia respecto al refrán latino que precisamente reza “*excusatio non petita, accusatio manifesta*”), por haber dedicado su esfuerzo a tratar sobre uno de los malos: con ello quiere claramente exorcizar los demonios de la asimilación entre él mismo y su biografiado, no sea que alguien considere (en perjuicio del autor) que lo colaciona con interés panegirista.

¹⁴ Así en *Annales* VI, de acuerdo con Tácito, o igualmente según Suetonio (*Tib.* LX ss.).

¹⁵ Suetonio, *Tib.* LI ss.

¹⁶ Así en C. Kelly, *Ruling the Later Roman Empire*, Cambridge (M.A.)-Londres 2004, pp. 114 ss., donde se nos muestra cómo en la Antigüedad se trazaban paralelismos entre figuras tales como Demetrio Poliorcetes, Tiberio o Hadriano, unidas precisamente por sus manifestaciones (sistemáticas o puntuales) de aversión (fruto de la determinación o el capricho) por el resto de los mortales.

aceptación. En esta misma índole de cosas, los vicios personales podían ser consentidos (en un personaje como Tiberio, cúpula y cabeza de la estructura de poder del estado) en tanto en cuanto se mantuvieran en la esfera de lo privado y particular y no saltasen al campo de lo público, y los avatares (y desventuras) del gran Augusto con su propia Casa lo demostraban bien a las claras¹⁷.

Pero quizá las razones del establecimiento de la residencia de Tiberio frente a la Bahía de Nápoles, desde donde bien pudiera quizá controlar directamente y de primera mano (al tiempo que contemplar) las llegadas de las flotas de grano procedentes de Egipto fueran más ricas y complejas de lo que los tópicos históricos han venido asentando..., y no se circunscribieran tan sólo a motivaciones de naturaleza personal e íntima, sujetas a las hipotéticas aunque verosímiles complejidades y recovecos del carácter del hijo de Livia.

Conocemos la complejidad de la red de los abastecimientos en Roma en época imperial¹⁸; conocemos la necesidad nada virtual sino cotidiana e imperiosa de dar de comer a los ejércitos, de abastecer a los mismos de los elementos sustanciales a la propia supervivencia de la tropa, así como de hacer lo propio con la numerosa plebe frumentaria de la capital romana¹⁹. Conocemos la existencia de un

¹⁷ Las actitudes familiares de los julio-claudios podrían recordar -y no precisamente de forma vaga- a las de la Casa de Herodes el Grande: asesinatos, incestos, traiciones, nada ajeno, o casi, a la familia julio-claudia, a no ser el hecho de materializar dichos comportamientos a la vista de la opinión común, no de manera oculta, como una Livia o un Tiberio; en este sentido, resulta ciertamente cuando menos llamativa la “oportuna” retirada a Capri de este último: allí (de acuerdo con el tópico historiográfico) no se habría visto constreñido a dar rienda suelta a sus [bajos] instintos no de manera oculta, sino abierta, actuando no a la manera de un Herodes, de un soberano (un rey oriental) que no debe esconder ni limitar su majestad refrenándola, y que puede desarrollarla abiertamente, sin cortapisas, sin más freno que el de su voluntad. Tiberio, si seguimos el hilo de esta argumentación “tradicional”, habría buscado en la isla napolitana el refugio seguro para su perversión, manteniéndola así en la esfera de lo privado y sin quebrantar las barreras y frenos aún exigidos (incluso) por un *mos* que su predecesor, Augusto, tanto empeño puso en apuntalar.

¹⁸ Vid. H. Pavis d’Ecurac, *La Préfecture de l’Annone: service administratif impérial d’Auguste à Constantin*, Roma 1976.

¹⁹ La plebe frumentaria de la ciudad de Roma, de acuerdo con C. Virrouvet (en su trabajo “La plèbe frumentaire à l’époque d’Auguste”, incluido en A. Giovannini, *Nourrir la plèbe*. Kassel, 1991, pp. 43-65), habría visto reducido sus efectivos con Augusto desde las 320.000 personas hasta las 200.000 (cfr. Dio Cas. LV.10; *Res Gestae Divi Augusti*, 15), quedando aún más reducida (según las estimaciones de Virrouvet, quien emplea para extraer este último dato la información proporcionada por el testamento de Augusto; cfr. a este respecto Tácito, *Ann.* I. 8,3; Suetonio, *Aug.*, 101.2; Dio Cas. LVI. 32, 3 y LVII. 14,2) a la muerte del hijo de César hasta las 150.000 personas: serían, por tanto, menos de la mitad en el año 14-15 d.C. de los beneficiarios que habían sido en el último tercio del siglo I a.C. (cfr. Virrouvet, art.cit., pp. 44-45 y n.3); si trasladamos nuestra mirada al siglo IV d.C., podremos ver, siguiendo a L. Saguì (“Roma e il Mediterraneo: la circolazione delle merci”, en A.A.V.V., *Roma. Dall’Antichità al Medioevo. Archeologia e Storia*. Roma, 2001, pp. 62-68), cómo la población total de la ciudad de Roma (que comprende y supera a la plebe frumentaria) habría oscilado entre las 600.000 y las 800.000 personas; según los cálculos de Saguì, las necesidades anuales de grano para el abastecimiento de tal población (un grano no enteramente annonario y una población no enteramente beneficiaria del *frumentum publicum*) oscilarían en el amplio marco comprendido entre las 170.000 y las 420.000 toneladas.

servicio imperial de abastecimientos, la *Annona* y su evolución en el tiempo, así como la combinación de redes y servicios privados y públicos de abastecimiento en el ámbito controlado por el estado romano, y sabemos de las obras públicas realizadas tanto en ámbito costero (marítimo-terrestre) como en el puramente interior²⁰, unas obras establecidas (y redundantes) en servicio y beneficio tanto de los intereses comunes y generales como de los estricta y eminentemente privados; la conservación de la navegación libre y expedita por las vías acuáticas interiores capaces y susceptibles de sostener dicho medio de comunicación y transporte constituía una fuente de preocupación y un objeto de cuidado para la administración (y, consecuentemente, para la legislación) romana²¹, y tenemos sobrada noticia del cuidado de la antedicha administración por mantener y mejorar asimismo las infraestructuras de cara a la navegación marítima²².

En este sentido, sabemos de los intentos estatales por asegurar (en la medida de lo posible) los abastecimientos imponiendo *munera* annonarios y no sólo annonarios a los privados de cara al mantenimiento de las estructuras y redes de suministros²³, al tiempo que otra fuente de preocupación para la gestión estatal en la romanidad era la agilización de las obras públicas destinadas a los mismos

²⁰ Sirva de botón de muestra de lo expuesto el complejo portuario de *Portus Vterque* (quizá la muestra más impactante pero ciertamente no la única ni la primera) acerca de la preocupación y solicitud del Estado por agilizar y garantizar en la medida de lo posible los abastecimientos a la ciudad de Roma, en este caso, al tiempo que servía para vertebrar el tráfico marítimo por el Mediterráneo, constituyendo un claro (y central) punto de inflexión de las rutas navales por el antiguo *Mare Nostrum*.

²¹ Cfr. M. Parodi, *Ríos y lagunas de Hispania*, Écija 2001, p. 38 y n. 112.

²² Curiosamente Cayo Calígula, uno de los “malos” emperadores lleva a cabo (siquiera en el grado de proyectos, ya que la breve duración de su reinado hizo imposible saber si los hubiera llegado a materializar) diversas obras en este sentido, tales como el faro de Boulogne, o el proyecto de canal en el Istmo de Corinto (vid. Plinio *N.H.* 4.10; Suetonio, *Gaius* 21); cfr. A.A. Barret, *Caligula. The corruption of power*, Londres-N. York 2000, pp. 193 ss.; y llega a ser encomiado por Flavio Josefo, quien alaba a Cayo por su proyecto de ampliación y mejora del puerto de *Rhegium*, lo que beneficiaba a la flota de grano de Alejandría y a los abastecimientos de Roma (Flav. Jos., *Ant.*, 19.205).

²³ Como en el caso de los requerimientos a particulares para navegar a cuenta del Estado (*angaria*, cfr., B. Sirks, *Food for Rome. The legal structure of the transportation and processing of supplies for the imperial distributions in Rome and Constantinople*, Amsterdam 1991, pp. 44 ss.; *Dig.* 49.18.4.1, Ulpiano; Daremberg-Saglio, v. “*angaria*” [que remite a *evectiones, cursus publicus*]), un *munus angariae* que incluiría igualmente el deber de mantener en uso y servicio las *mansiones* [¿podría ser que en relación con las estructuras de la que se ha dado en llamar “*villa del mosaico*” recientemente aparecidas (verano de 2004) en el saco interior de la Bahía de Cádiz -T.M. de Puerto Real- pudiera subyacer una de estas instalaciones, en el marco de un contexto que combina los medios acuático (la navegación marítima) y terrestre (la *via Augusta*, que circula a unos pocos metros del yacimiento en cuestión, situado a la orilla del mar romano -no del actual, a causa de los procesos de colmatación de la mencionada Bahía), lo que podría haber creado una interesante encrucijada marítimo-terrestre, en nada ajena a la realidad de las producciones del entorno, un entorno cuajado de yacimientos de producción anfórica como los de “Puente Melchor” o “Pinar de Villanueva”...?].

efectos²⁴. Es sabido que el estado trató de controlar el número de los beneficiarios del *frumentum* en *Roma Vrbs* (*vide supra* para época de Augusto), y que el intervencionismo estatal en la economía (que habría de llegar hasta niveles que podrían parecer de “sovietización” de la misma y que en realidad son sólo ejemplos de economía antigua) no conseguiría solucionar uno de los principales “dramas” del Imperio Romano: su incapacidad para llegar a crear una estructura integrada de mercado, una infraestructura económica compleja que sirviera de respaldo y sostén a la superestructura política y a la estructura administrativa que sí existían y se encontraban constreñidas por este desequilibrio.

Claudio, primero, y Trajano, después, tratarán de hacer de las bocas del Tíber, en torno a *Ostia*, un puerto seguro para los barcos que en no precisamente escasos volumen y cantidad debían garantizar los abastecimientos a la capital del Imperio. Egipto (y el Norte de África, con la actual Túnez), o Hispania figuraban entre los principales abastecedores del tráfico comercial (annonario o estrictamente privado), y el *Portus Vterque* hubo de convertirse finalmente en el eje principal de las comunicaciones por vía acuática entre Roma y el resto de la romanidad mediterránea, complementado con las instalaciones “satélites” de *Terracina* o *Centumcellae*²⁵.

Pero antes de que, ya a principios del siglo II d.C. (con Trajano), el *Portus Vterque* (y sus estaciones “satélites”) fuera un lugar relativamente seguro para poder dar cabida y cobijo a los barcos de transporte, el principal puerto de la Península Italiana, y con ello el principal puerto de Roma era la Bahía de Nápoles²⁶. La Bahía de Nápoles, desde *Baia* hasta *Puteoli*, con *Neapolis* en su vértice era el verdadero puerto de Roma, el lugar donde llegaban los cargamentos de trigo desde el Sur y el Sureste, el eje y nervio central de los tráficos comerciales por el Mediterráneo que tenían no sólo en la Península, sino en la propia *Roma Vrbs* su punto de referencia y destino. Así, y por ello, los afanes en comunicar la Bahía de

²⁴ Unas obras públicas que fructificarían, como en el caso de los puertos Claudio y Trajano de Roma (los *Portus Augusti Ostiensis* y *Portus Traiani Felicitis*, respectivamente, que conformaban el *Portus Vterque*), o que habrían de quedar en grado de tentativa, como el canal del Peloponeso planteado por Calígula (Suetonio, *Gaius* XXI; Plinio, *N.H.* IV.10) o el canal interior que habría comunicado la Bahía de Nápoles con Roma (*Puteoli-Roma*), proyecto datado en tiempos de Nerón (curiosamente, dos “malos” emperadores, para la tradición historiográfica romana) pero con un precedente en los planes del propio Julio César al respecto (para César, Plutarco, *César*, 58.10; para Nerón, Suet., *Ner.*, 31.3; Tácito, *Ann.* 15.42); respecto a estos dos proyectos no fructificados, cfr. v.g., A.A. Barret, *loc.cit.*; B. Sirks, *op.cit.*, pp. 39 y 253-254; G.E. Rickman, “Problems of transport and development of ports”, en A. Giovannini (ed.), *Nourrir la plèbe*, Kassel 1991, p. 108.

²⁵ G.E. Rickman, *op.cit.*, pp. 109 ss.; J. Rougé, *Navi e navigazione nell' antichità*, Florencia 1977, pp. 166 ss.; P. Arnaud, *Les routes de la navigation antique*, Paris 2005.

²⁶ B. Sirks, *op.cit.*, pp. 39 ss.

Nápoles mediante un canal interior con la propia Roma y el Tíber²⁷, de cara a evitar episodios como el del año 51 (o alguno anterior, bajo el reinado del propio Augusto) de hambrunas ante los problemas de abastecimiento a la capital del Imperio²⁸.

Con una Bahía de Nápoles como principal centro receptor del grano egipcio (fuente de abastecimiento principal para la Roma del siglo I de nuestra Era), y ante la ausencia de las instalaciones del *Portus Vterque* (recordemos, claudio-trajaneas), en época de Tiberio la forma más directa de controlar la llegada de los barcos de África será precisamente la de controlar la Bahía de Nápoles. Y eso, y no otra cosa es lo que más que probablemente trate de hacer Tiberio estableciéndose en la isla de Capri, estratégicamente situada en la boca suroriental de la Bahía napolitana. Como más tarde lo haría Séneca, o como (salvadas las distancias y permitida la licencia), un cargador de Indias del XVIII (con su propia torre-mirador en la Cádiz de la época), Tiberio asentará su propio “mirador” en Capri, la isla de las cabras (*Caprae*), enfocando sus siempre ávidos ojos hacia el Sur-Sureste, afanoso de contemplar la llegada del trigo egipcio (y por extensión, del tráfico comercial mediterráneo); como un hispano Felipe II que quería asentarse en Lisboa (para lo mismo, con América en el Horizonte), Tiberio trata de acercarse tanto como puede (sin ausentarse del continente europeo y de Italia) a la “puerta” de la comida, al “seguro” de su estabilidad al frente y a la cabeza del estado; él, que ya controlaba la dirección del estado, trata de asegurarse si no el control directo (que también), sí el conocimiento inmediato de la realidad de la situación de los abastecimientos, por el procedimiento de situarse en un “mirador” privilegiado.

No sólo, pues, las motivaciones personales “tópicas” han de esconderse en las razones que el hijo de Livia Augusta pudo encontrar para abandonar Roma y buscar una isla (como ya hiciera de joven con Rodas): la “insularidad” de Tiberio no sólo ejemplifica su voluntad de aislarse del mundo, y de protegerse del mismo (en cierto sentido, una isla es una fortaleza, rodeada de un muro de agua): posiblemente el lugar privilegiado que suponía la isla en la ruta del trigo annonario fuese un observatorio directo para comprobar la buena marcha de uno de los pilares de su poder, como era el suministro de grano egipcio, que le permitía realizar su función de padre nutricio de la patria, representada en la plebe romana. En suma, trataba, con gestos como éste de ubicarse en *Caprae*, de dar la sensación de que se preocupaba de controlar la buena marcha de la economía a través de una actitud que los historiadores de la Antigüedad no quisieron o supieron interpretar plenamente.

²⁷ Como en época neroniana (B. Sirks, *op.cit.*, p. 39).

²⁸ B. Sirks, *op.cit.*, p. 40.